

LA COMPAÑÍA EN LA SOMBRA DE WALL STREET

La empresa y su alma

Una empresa no nace del capital.

Nace de una intención.

Alguien decide que una cosa debe existir, y esa voluntad es el primer verdadero accionista, antes de que nadie cuente el dinero.

Esa cosa, una vez que toma forma, se llama siempre producto —incluso cuando se llama servicio.

Todo lo que viene después —estructuras, jerarquías, balances, marcas— es andamiaje.

El andamiaje no es la casa. La casa es el propósito.

Y el propósito no se administra solo. Sobrevive únicamente mientras alguien siga llevándolo, siga recordando por qué se tomó la primera decisión.

En el momento en que esa voluntad desaparece, la empresa sigue moviéndose, pero ya no sabe hacia dónde; sigue produciendo, pero ya no sabe para quién. Se vuelve eficiente sin estar viva.

Esta es la crisis silenciosa de muchas organizaciones: no la escasez de recursos, sino la escasez de memoria.

El producto deja de ser la respuesta a una necesidad y se convierte en la justificación de una estructura que simplemente tiene que seguir vendiendo para seguir existiendo.

Está escrito para quien posee una parte de algo sin ver nunca toda su sustancia: accionistas, grandes y pequeños, que reciben una cifra y rara vez la historia que hay detrás.

El pequeño accionista es la injusticia más silenciosa de todo el sistema.

Comparte todo el riesgo del negocio —perderlo todo si las cosas van mal— sin que nunca se le conceda una parte real del poder de decidir.

Comparte la apuesta, no la mano que juega las cartas. Propietario sobre el papel. Espectador en la práctica.

Nada de esto es una acusación contra el capitalismo, contra la empresa, contra el beneficio en sí. Es una llamada a la memoria.

Son herramientas, extraordinariamente poderosas, capaces de generar valor real cuando se mantienen fieles a su origen —y capaces de vaciarse de sentido cuando lo olvidan.

Ninguna reforma legislativa, ningún nuevo indicador de balance, ninguna nueva certificación ética sustituirá jamás la única protección verdadera: alguien, en cada estructura, que siga preguntando por qué.

La participación que posee un accionista es una parte de una intención humana que alguien, hace mucho tiempo, deseó lo suficiente como para hacerla existir: detrás de cada dividendo hay un producto pensado para alguien, un empleado que lo hizo con cuidado, un cliente que decidió confiar en él.

¿Sigue existiendo esta cosa por la razón por la que nació, o solo estoy sirviendo, sin saberlo, a su sombra?

Ferdinando Frega
BLADEFREGA
La saga de Wall Street